

# Boletín de la Liga Uruguaya Contra LA TRATA DE BLANCAS

62953



Redacción y Administración:  
18 de Julio, 1932

Agosto y Setiembre de 1932

Año 1 - Número 6 y 7

## Programa de acción de la

## Liga Uruguaya contra la Trata de Blancas



1.0 Siendo la reglamentación de la prostitución, un error higiénico, una injusticia social, una monstruosidad moral y un crimen jurídico, la Liga Uruguaya contra la trata de Blancas, tratará en primer término de provocar la "Reprobación general de ese régimen existente" y la derogación de todas las reglamentaciones y ordenanzas existentes sobre el ejercicio de la prostitución.

2.0 Abolición total y definitiva del Registro de la Prostitución.

3.0 Abolición lisa y llana de toda intervención sanitaria obligatoria.

4.0 Sanción penal para los delitos de contagio y difusión de la asistencia médica antivenera gratuita.

5.0 Implantación de la Educación Sexual, desde el punto de vista moral, higiénico y económico de los individuos y de los pueblos, en nuestra Enseñanza Primaria y Secundaria.

6.0 Legislación protectora del trabajo de la mujer y el niño.

7.0 Creación de escuelas de reeducación para jóvenes seducidas o abandonadas.

8.0 Legislación protectora de la madre y el niño. Investigación obligatoria de la paternidad. Obligación por parte del padre y de la madre de concurrir al sustentimiento del hijo, legítimo o ilegítimo. Indemnización legal a toda mujer engañada en la falta de cumplimiento en la promesa de matrimonio o seducción. Creación del Consejo de Patronato de la mujer y el niño.

9.0 Legislación represiva del proxenetismo: Confiscación o interdicción de bienes de los proxenetas y funcionarios o personas que están en relación con ellos, con destino a los desnudantes. Asistencia Pública e Instrucción Primaria. Investigación de los medios de vida de funcionarios públicos y policiales, etc.

10.0 Legislación contra la pornografía,

el libertinaje y la obscenidad en todas sus formas; iniciaciones personales, publicaciones pornográficas, espectáculos públicos, dancing, cabarets, etc. Imposición de fuertes patentes, gravámenes y multas.

11.0 Legislación penal contra las firmas comerciales o industriales donde en cualquier forma se presione a los empleados u obreros con fines sexuales.

12.0 Acción social, dirigida por el "Comité de Investigaciones"; promoviendo el boicot a todas las instituciones donde se ejecutan actos contrarios a la moral o se ejerce la menor presión sobre el personal femenino.

13.0 Igualdad absoluta de los ciudadanos, hombres y mujeres, ante la ley. Sanción legislativa de la igualdad de derechos civiles y políticos del hombre y la mujer.



hace el andar difícil y resbaladizo. La acera está casi desierta. Unos pocos pasajeros caminan con la cara hundida en el cuello levantado de sus abrigos; alguno que otro coche, vacío, o llevando no sé a quién ni a dónde. unas cuantas mujeres andan por las aceras que brillan como pláticas luces.

—Señor... —Señor... —Venga Vd. conmigo. Grito mezclados con blasfemias obscenas y amenazas. —Después... el silencio... pasos que hueyen... que vuelven al poco rato. Siluetas que llegan, dan vueltas, se estiran, desaparecen, vuelven de nuevo, se quedan, se revolviendo sobre un campo en que habían caído carros.

Abiertas, no hay más que las tabernas, que arrojan sus claridades amarillas contra las casas de enfrente que dormitan. Y olores de alcohol y de simiente crimen y prostitución circula por el aire, fraternalmente, a ragas.

—Señor Vd. conmigo. Hace 5 minutos que me está siguiendo una mujer, a la que no veo, pero oí, go claramente, a mi espalda el tambores obstinado de su andar y la voz que canturrea este monótono y suplicante estribillo:

—Señor... —Señor... —

venga usted conmigo.

Me detengó debajo de un farol. La muchacha también se detiene, pero fuera del radio de lux; piso, con todo, examinándome. No sé guapa, ¡Oh, no! Ni tentadora; mas bien hace alejar la idea del pecado. Porque el pecado es la alegría, la seda, el perfume, caderillas temidas y la carne adornada como para un altar, lavada como un cáliz, pintada como un ídolo. Como es, asimismo, tristeza rica, asco opulento, mentira suntuosa, barreduras en oro y pedería. Y aquella desgraciada nada de esto podía ofrecerme. Vieja de cincuenta, más que de edad, maravillada por el hombre o por las pesadas horacheras en los sótanos de las tabernas, de fonda, por el cansancio labor de su trágico oficio obligatorio, bajo la amenaza del navajazo, a andar, andar siempre, de noche, en buses del deseo que escondían, sarandada por el miserable que la despoja o por la policía que la explota, del cuartucho que alquila a la cárcel, verdaderamente, la pobre de lástima verla. Una manteleta de lana negra cubre su pecho; unas faldas enlodadas tapan sus piernas; un immense sombrero, con unas plumas que se deshacen con la lluvia, toca su cabe-

za; y sobre su vientre pliega sus blancas manos amarradas por el frío. —¡Oh, nada obscena...— unas manos tocas y huesudas, apenas resguardadas por unos viejos mitones de color indefinido. A no ser por la hora, al lugar y el tono de su invitación, la habría tomado por una sirvienta desocupada y no por una puta acerca. No cabe duda que desconfiaba de su fealdad, que tenía conciencia de las pocas voluptuosidades que podía ofrecer su cuerpo, porque procuraba sustraerlo a mis miradas, interponiendo tinieblas y más tinieblas entre su cara y mis ojos, y más pareciendo pedir limosna que ofrecer placer. —Señor... —Señor... temblor, casi avergonzada. —Ba repitidamente: —Señor... —Señor... venga usted conmigo, señor... haré todo lo que usted quiera... venga conmigo, señor...

Como no le respondiera, no por asco o desden, sino porque en aquel momento estaba mirando, compasivamente, un collar de coral que le rodeaba el cuello con una fina fibra, siniestramente, ella agredió en voz baja, con un tono de dolorosa imploración: —Señor... si usted prefiere... tengo en casa una chiquilla... tiene trece años, señor.... Es muy linda... y

conoce a los hombres como si fuese una mujer... ¡Señor!... ¡Señor!... se le ruge... venga conmigo, señor...

Le Pregunto:

—Dónde vive?

Y vivamente, señalando, me una calle, enfrente, que daba a la avenida, como una boca de abismo, responde:

—Allí vivo, señora, allí, a dos pasos... quedara usted contento, no posee cuidado. La mujer atravesó la calle, corriendo, para no dar mi reflexión el tiempo de cambiar, para que no se hiele lo que ella creé e mi deseo. Yo la sigo... ¡Oh, pobre diablo!... A cada paso que da, vueltas la cabeza, para asegurarse de que no me ha escapado, saliendo sobre las baches encorvándose como un sapo monstruoso. Unos hombrones que salen de una taberna la siguen al pasar por su lado. Nos intercambiamos en la calle, ella delante, yo detrás, hundiéndome cada vez más en las sombras.

Es aquí dice la mujer ya ves que no he mentido.

Empuja la puerta entreabierta. En el fondo de un corredor estrecho, una pequeña lámpara de petróleo, cuya mecha humea y vacila, arroja sobre las paredes rasplandores de crímenes sombras de muerte. Entramos. Mis pies pisaron cosas secas, mis branquias oyeron voces.

Espesa un poco querido... La escalera es muy traizadora. Ha recuperado la serenidad. Comprende que no debe humillarse, que tal vez no sea tan fea, puesto que yo estoy allí, a su lado, que ha conquistado un hombre, llevándole detrás, un hombre que es necesario conservarlo con palabras acariciadoras exaltar la generosidad con promesas de amor... ¡De amor! ya no soy el "señor" vacilante a quien imploraba hace pocos instantes, soy el "querido", la suerte esperada, el que trae con siglo tal vez el pan del día siguiente, o el dinero con que pagarse la vida que han dejado olvidada el hombre, la fortachorra que olvidaría todo. ¡Todo! Enciende una bujía en la lámpara y, señalando el camino, me precede en la escalera. La ascensión es ruda. La desgracia da sube fatigosamente, esforzán dose resulsa, sibias y estertores. Con la mano libre sostiene su

vientre que la estorba, que le pesa, del cual no sabe qué hacer, como si fuese un paquete demasiado pesado.

—No me impacientes, querido... en el segundo piso.

La rampa es pegajosa, los muros superan destilar agua, los peleados de madera crojen debajo de los pies. Hay que sujetar el estómago para que no le invadan las náuseas, para que no le dominen los intolerables hedores que allí dejan los hombres, hedores cuyas virulencias ha exasperado la humedad y las fiebres: mal cerradas.

Voces obscenas, voces de borachos, voces ahogadas... ¡Oh! ¡Aquellas voces!... ¡La tristeza de aquellas voces, en aquél un hogar nocturno, lugar de terror, de miseria y de... placer!

Al fin, hemos llegado. La llave ha rochinado en la cerradura, la puerta ha rechinado sobre sus goznes, y éstos en una saliente estrecha en la que no hay mas que un mal sofá deshecho, un ordenador destrozado y cortado, y una especie de cama de campana sobre la cual se ha levantado, al oír el ruido de nubes tristes, pasos, un espanto que me

ques... Frente a la ventana, colgados en un cordel tendido de pared a pared, dos billetes de trampas puestos a sacar.

Tú te dirás que guitaras esto reprocha la mujer a la vieja, la cual retira los llenzos, gruñendo, y los tira, revuelcos, sobre el sofá. Otra puerta, y entramos en el dormitorio. Estamos solos y pregunto:

—¿Quién es esta vieja?

—Es la que me presta la chiquilla.

—¡Su madre?

—¡Ah! ¡No se de donde la ha sacado. Es desde ayer que la tengo... Poca suerte tiene esa mujer... es una desgraciada... su hijo está en presidio. Antes era mi amante. Apiló al relojero de la calle Blanca, ya sabrá, el relojero... sus hijas están del sirvienta y no le dan un cuarto... Así es que fuerza la vida de un modo u otro, ¿no te das cuenta? El dormitorio está apenas iluminado, y resalta una miseria indecible... Las ventanas sin cortinas, la chimenea sin fuego. La humedad despega de las paredes el papel, que cae a trozos, como pedazos de piel muerta. Hace frío y la mujer se disculpa. No tengo carbón... ni leña... el invierno se nos nos ha hecho encima tan pronto... y además, aún no hace un mes que la policía vino y se me llevó... me soltaron hace cuatro días...

Agrega:

—Si tan sólo hubiese tenido veinte francos para darles, me habrían dejado tranquila... ¡Ah! ¡Qué cansancio!

En el fondo de la pieza una gran cama con almohadas enjutas y sucias sobre los colchones. Al lado, otra cama, más pequeña, en la que apenas despierto, surgiendo de las mantas, un montón de cabelllos rubios, y de este montón de cabelllos una delgada carita pálida, que duerme. En la niña, querido... puedes desandarte... voy a despertarla...

No, déjala dormir.

Como quieras querido...

No tiene conciencia del crimen que me propone y mi negativa más bien la extraña... cuando quiso despertar a la niña, pidió observarla. Su mano no tembló; no dejó entrever el dolor en el vacío de las frases... Víene para ver y he visto... No tengo más que hacer y me marcho... ¡Buenas noches!

La niña continúa durmiendo en su cama, mimbrada de rubio. La posesiones impúberes ha marchitado, ya su boquita, podrás su silencio y puesto manchas violadas en sus párpados cerrados.

que hace descender la sangre y padecer la cara. Le pregunto:

—Si la policía la encierra aquí ¿dónde va a estar ese valdrá un proceso y el presidente?

La mujer hace un gesto vago y dice: Es posible, pero que quieren qué haga.

Al ver mi rostro grave y triste ha perdido la confianza de sí misma. No se atreve a mirar de nuevo. Se acerca a mi silla, siquiera a la pobre dueza de la vecina bujía... Y el agua chorrea de su sombrero, que no se ha quitado, como de un tejado mojado...

Ha puesto el candela sobre la chimenea y se ha acercado a la cama, en la penumbra, donde se dispone a desnudarse.

No le digo, es inútil... ni quiero nada...

Luego, sentada en la mano dos monedas de oro a las que ella las vueltas y más vueltas, sonriéndola y aturdida, sin decir nada. Tampoco yo sé qué decirle. ¿Y que le dirás? Predicarle el arrepentimiento, las bellezas de la virtud. Palabras, palabras, pálidas... No es ella la culpable. Ella es exactamente lo que se la sociedad ha querido que fuese, es tu cochinos sociedad de insaciable apetito que necesita tragase, todos los días, su ración de almas humanas...

Jiba a hablarle de odio y de rebeldía? ¿A qué? Palabras también. La Miseria es demasia do cohete; no tiene fuerza para empurrar mi cuchillo ni pasear una tan encendida sobre el suelo. Ni siquiera la satisfacería. Vale más pues, que me calle...

Además no vine aquí a perorar. No es la hora de las declamaciones vanas que nada remedian y que no hacen más que mostrarnos el vacío de los actos en el vacío de las frases... Víene para ver y he visto... No tengo más que hacer y me marcho... ¡Buenas noches!

La niña continúa durmiendo en su cama, mimbrada de rubio. La posesiones impúberes ha marchitado, ya su boquita, podrás su silencio y puesto manchas violadas en sus párpados cerrados.

En el cuarto contiguo, la vijea anda rodando, arrastrando sus zapatos sobre el crujiente pavimento. La mujer ha escondido las dos piezas de oro

## CONCLUSIONES DE LA Federación Abolicionista Internacional

**La prostitución es un oficio repugnante a la moral. Lejos de ser benéfica a la higiene pública, es un agente trasmisor de una verdadera pandemia: LA SIFILIS.**

**Facilita u organiza correlativamente la odiosa y repulsiva plaga del proxenetismo rufianismo o explotación sexual (trata de blancas).**

**Por fin, esa supresión la exige la propia dignificación de la personalidad humana, a quien la prostitución degradada, envilece y esclaviza.**

En los pasillos, a través de las puertas, se oyen voces que rién, gritan, ruegan; voces que regatean, que amenazan, que exigen;

mira con sus ojos redondos, amarillentos, penetrantes, semejantes a los de aquellos pajarracos que velan, de noche, en los bosques...

más interesante o a los que a usted le parecen.

—¡Bah! ¡Cuando los llamo escaparán!

Bayard es hombre de gestos medidos. Volvió dulcemente los ojos hacia el lado donde yo estaba y luego apoyó sobre mí inesperadamente una mirada condescendiente y lenta.

—¡Quiero que haga una sencilla a quiéll...

Me agrada. Marchaba dulcemente, como para no perder nada del espectáculo ofrecido por París. Su traje era de color, moreno, y su rostro también.

Quedó el hombre un tanto sorprendido; pero se aproximó al punto.

—Tome un vaso con nosotros.

—Soy yo quien invita, señor Bayard.

Se sentó.

—Este, si quisiera, le contaría algunas cosas interesantes...

—Yo nada sé, señor Bayard.

—No se le piden detalles... Lo que ha hecho la noche pasada, por ejemplo.

—La noche última nadie hace, señor Bayard. No hay hombres más burdeles que yo. Acostado a las once.

—Podría hablarnos de su último viaje a Buenos Aires.

El hombre sonrió. De su bolígrafo para el revólver sacó una cigarra de plata. Los cigarrillos que con gracia nos ofreció eran de Egipto. Fumamos.

—Para muy pronto el navío viene.

El hombre lanzó una mirada hacia la cielo. El toldo del sofá le ocultó la vista.

—Ya sabe, cuando guste tendrá tragos..., dijo el señor policía.

—El honor será para mí.

El hombre de la cigarrería puso su mano en su sombra.

—Há sido para mostrarte si que si al primero que encuentras...

—¡Eh! — exclamó Bayard, usted un poco!

—Con mucho gusto, señor Bayard.

—De manera que me ha visto sombra molesta sus elegantes sombras...

—Que quiere decirme, señor Bayard?

—No le agradezco, señor Bayard.

—Le aseguro señor Bayard...

—Quizás he desordenado un poco a Buenos Aires. A lo mejor, aquél bromeará...

—Señor Bayard... No comprendo...

—Ayer por la tarde, estaba en las nueve y media a dicho usted: «Víenes testigos?

El hombre apretó los dientes.

—Le pido perdón, señor Bayard...

pero no era la expresión de mis pensamientos...

—¡Márchese, pídale! Vaya a presentar muchos días tan hermosos...

Pasaban cerca de cinco minutos.

Bayard llamó a Simón. Era él.

—Ya ve usted, señor Bayard...

—Muy bien, señor Bayard...

—Usted sabe que estoy en libertad lo que se me ha hecho. Me han

## El Camino de Buenos Aires

LA TRATA DE BLANCAS

POR ALBERT LONDRES

Folleto 2 y 3

—Mi mujer hace cinco cincuenta pesos por día. Las otras mujeres producen otro tanto. ¡Sirve champán, eh, chiquito!

—Viene todos de Buenos Aires?

—Menos éste, — y señalaba al más joven. — Este todavía no ha venido.

—No tengo sino veintitrés años! — ¡Eh! Cuatro años de prisión... ¡y en la Central! Ya iré como ustedes...

Hablaban de la policía de la Argentina.

—No cuesta cara: pero no obstante es cómoda.

El que había dicho que se llamaba Fifita-Comandé. Y, explicó sus palabras:

—Hace cinco meses, un cliente se me marchó con mi mujer.

—Siempre han tenido mujeres incorrectas, — dijo Armando.

—Confíe el asunto a quien corresponda. Prometi docientos pesos en recompensa. Los vigilantes salieron a la pesca. Encuentran la chica. En el camino se dedican: "Vamos, pronta, rápido, que te llevamos con tu hombre"... ¡Sirve champán, chiquito!

Hablaban de pasaportes.

Hablaban de transatlánticos.

No pasó nada más hasta el día siguiente a las tres de la tarde.

A aquella hora estaba yo sentado en el bulevar Montmartre, en la terraza no de un bar, sino de un establecimiento cardinal llamado Mazarino. No estaba solo. El jefe de la sección Morali-

debajo de los colchones y me dice muy quedo: La vieja va a ponerte furiosa porque no has querido la niña... Dale algo, para que no me quite lo que has dado a mí. Y yo le digo: ¡Mujer mala! de muy malas entrañas puedes creerme... Espera que te haga luz, señor... ¡Es que tan traidora la casadera!

MIRBEAU.

## DONATIVOS para el sostenimiento de las obras de la Liga U. contra la trata de Blancas

Liga Evangélica Femenina	\$ 30
Sra. y Sta. de Apestegui	" 2
Sta. Davies	" 12
Donativo Para impresión de la memoria	" 36
I. I.	" 10



yo viaje? — dijo Bayard.  
Me indecis. Pero no pudo dirigirme el corté el placa...  
todremos el placer de tomar unos

hor Bayard. —  
e plata reunió su camino,  
u silueta. No se confian así por-  
y: Es fin! Ya los irá conden-

de pronto — ¡Eh! ¡Sí! ¡Venga

Bayard. ¿Está usted bien?  
visto de sobra?... Así que mi  
seños?

señor Bayard?  
er, preciso que deje creer mis  
sueños?

noco sus paquetes para el viaje  
y el dia estaba con ganas de  
npresso...

en el café de la calle Lepic y a  
ed: «Voy a arreglar a ese Bayard».

— pensó en los testigos.

Bayard. Si lo he dicho lo he dicho,  
mismos pensamientos, usted señor Ba-  
yard... pasearse por ahí que no se le  
hacemos como el de hoy.

Era más elegante del desfile. De  
el espejo.  
y me paseo y muy tranquila-  
e libertad provisional. No está  
Metan detenido al desembarcar en



En esta tan profundamente caída y da-  
gradada figura humana, se concentran to-  
das las pasiones que podrían cubrir de oprobio al mundo.— Mientras surgen y des-  
aparecen confesiones y civilizaciones, sigue  
siendo esa figura la sacerdotisa de la Hu-  
manidad, que tendrá que ofrecerse como  
víctima propiciatoria de los pecados del  
pueblo.

W. H. Lecky

La prostitución y las enfermedades sexuales relacionadas con ella forman verdaderamente la esencia del problema central de la cuestión sexual. Su solución es casi idéntica a la solu-  
ción de esta última. Mítase bien la importancia y la grandeza de esta idea. [Sin prostitución, ni más enfermedades sexuales].

En efecto, no hay más redentora ni ideal más lumi-  
noso que el de la parésa física y moral en las relaciones entre los sexos. Es una época en la que, sobre todo el terreno del so-  
cialismo, se exponen con tanta abundancia ideas e iniciativas y amplísimas reformas, debería figurar a la cabecera de todas ellas la  
idea del combate sin tregua a la prostitución y a las enfermedades venéreas hasta acabar con ellas, a fin de dejar para siempre el trágico momento y arrancar de una vez el veleño agujón de la vida amorosa, tan desdichada y confusa de la actualidad, asen-  
tando de este modo las sólidas bases de un porvenir más bello. Esta idea es única y una de las más grandes que una Humanidad que tiene conciencia de si misma haya podido pensar y a la  
que pertenece el porvenir.

Los franceses llaman a la prostitución "une plaie sociale," un sarcoma que corroa el cuerpo de la sociedad. Acepto esta acertada comparación y voy a extenderla a la prostitución para hacer de ésta una enfermedad social que debemos seguir para extirpar la prostitución y acabar con las afecções venéreas. Yo, por-  
que en esta cuestión soy un incorregible optimista que crey en la posibilidad de la extinción de las enfermedades sexuales y en la desaparición de la prostitución en el mundo culto recurriendo a medidas de orden nacional e internacional. No soy de los que forman parte del coro que dice: que porque siempre ha existido la prostitución tiene que seguir subsistiendo en lo futuro, y porque siempre ha habido enfermedades venéreas son estas un fenómeno inevitable de acompañamiento de la cultura.

Cuanto tiempo hace que se intentó seriamente pro-  
ceder contra la prostitución y el veneno? En cuanto a éste se  
refiere, sólo hemos empezado en estos últimos años a emplear sistemáticamente científicas y los estudios acerca de la prostitución y las primeras medidas adoptadas para defendernos de ella y formular reglas que la limitasen no datus, más allá de la se-  
gunda mitad del siglo XVII; pero, en realidad, puede decirse que sólo desde la aparición de la obra de Parent-Duchatelet, en 1836, que será eternamente clásica. Estamos solamente principiando la lucha contra la prostitución y las enfermedades sexuales; todos lo que anteriormente se hizo fueron ensayos aislados e insuficientes, medidas a medias, y, por lo que me decir, también una serie de equivocaciones que empeoraron las circunstancias en

Burdeos. He purgado dos meses. Afortunadamente, existen buenas pueces en nuestra hermosa Francia. He salido anteayer. Si lo agradezco, señor Bayard: no me ha cargado usted. Usted comprende y sabe lo que es la justicia. ¡Quiere un papagayo?

En marcha.

II

## LOS PASAJEROS DE BILBAO

Por qué impedir a la gente que haga lo que quiera en el  
barco?

Comienzo a dormir. Y estimo que estoy en mi justo dere-  
cho.

Duermo dos días, tres días, cuatro días, cinco días! Una  
vez me han dicho que dormí siete días. Deben haberme dicho la  
verdad.

Lo esencial, al principio, es mirar bien y prevenir al mozo  
del camarote.

Entre para prodigar a uno todo género de atenciones y pre-  
guntarle por qué no se levanta.

Coge uno su almohada, apunta, y ¡pum! le dá con ella en el  
rostro.

No vuelve más.

Puede uno dormir tranquilo.

Y se despierta cuando de despierta.

Esta vez fué en España. ¡No había dormido bastante qui-  
zá?

El barco no se movía. Miré por la ventanilla.

El tiempo estaba bueno. Próxima la costa. Un marinero pu-  
lio los colores del puente.

—Qué ciudad es ésta, pequeño? ¡Es La Pallice?

¡Sí Bilbao!

¡Había dormido tres días!

Estaba en la plaza de Bilbao y me paseaba a lo largo de la  
hilera de taxis desalquilados. Sin duda había otras cosas que ver  
en Bilbao, pero, a tales horas, no me agradaban. Una pareja se

vez de remediarlas. Hoy se han aliado la Medicina, las Ciencias del Derecho y la Ética para la lucha, y esto no es una obra aislada, sino la fusión de todos los pueblos, para una acción co-  
lectiva.

Este ofrece verdaderas perspectivas y deja abrigar esperanzas de una curación y desaparición de la "plata social". Un cáncer semejante no puede ser curado a medias, sino a fondo, totalmente; no se puede conformar la sociedad con un mero tratamiento exterior de la herida y con verla desaparecer; no: hay que investigar al propio tiempo cuáles son las causas ánteriores de este mal crónico, y, en nuestra opinión, son muchas y graves. Una de las anteriores que los efectos que se manifiestan al exterior o lo que es lo mismo, que la Ética, la Pedagogía y las Ciencias Sociales son mucho más importantes en la lucha contra la prostitución y su desaparición que la Higiene y la Medicina. Si se quiere tratar la prostitución y a sus con-secuencias, las enfermedades sexuales, fundamentalmente desde el punto de vista médico-higiénico, no se considera definitivo. Particularizar en este asunto es ir seguros al fracaso. El problema de la prostitución debe ser estudiado de varias maneras y considerado desde muy variados puntos de vista, porque para resol-  
verlo hay que tener en cuenta las distintas causas que son de origen de él, y éstas son de índole astrológica, económica, social y psicológica. Hay gran diversidad de variaciones de la prostitución y numerosos y variados tipos de prostitutas. Para el conocimiento de la vida real es imposible, por lo mismo, mostrarse nula-  
teral en este problema y aferrarse a una sola teoría, por la sen-  
sible razón de que un mismo caso de estudio puede considerarse desde muy variados puntos de vista.

La historia de la prostitución es, un interesantísimo capitulo de la historia de la civilización universal, que hasta ahora no se ha escrito de manera que satisfaga las aspiraciones científicas y críticas, y la literatura acerca de la prostitución de una fecundidad que asusta por lo extensa.

**Bien está que los hombres, miran con espanto y  
repudien el doloroso espectáculo de los pobres  
prostitutas, vagando con frío y hambre por las  
calles endiabladas de luxuria e impiedad— pero  
bien estará que a esos hombres no llegue a sor-  
prenderles la noche, en la complicidad concupis-  
cente de las sombras dando su paga de oro que  
mantiene y acrecienta el vicio, en tanto que por  
horrada una buena obrera se muere de hambre por  
haber vanamente reclamado su derecho al trabajo.**

aproximó a un chauffeur y el hombre explicó en español que deseaba regresar al barco francés. La mujercita, con visible placer, prendiéssese al brazo del señor aquél.

—Para el Malta? — les dije — Yo también! Podemos tomar el taxi juntos. ¿Son ustedes franceses?

—Lo eran!

—Van a Buenos Aires?

Iban.

¡Tenía dos!

El hombre estaba en los treinta y cinco años. La joven en los dieciocho. Era moreno, con hermosos e inocentes ojos azules. De buen grado habría cambiado yo su traje por el mío. Tenía traza agradable. La muchacha estaba tenida. Tenía ese rubor que solo poseen las morochas. Tenía algunas pecas en la nariz.

—Tenemos tiempo. El barco no saldrá hasta las seis.

—El puerto está a ochos kilómetros de aquí, — dijo el señor.

—En fin! ¡Qué es lo que he hecho?

—Se ha llevado un peso falso (un peso falso es una mujer menor de edad).

—No diga eso, señor Bayard!

—Símeón! Símeón!

—No, señor Bayard! ¡Tenía o no el derecho de ir a Buenos Aires?

—Símeón!

Nadie más correcto que yo en el barco. He aquí que entre Santos y Montevideo descubren una muchacha oculta en las bodegas. Yo era la primera vez que la veía. ¡Lo juro por la cabecera de mi madre que está en Argel, mi país natal, como usted sabe!

—Por qué iba a ser yo quien llevara aquel peso falso?

—La juventud es una tentación para los hombres nuevos de los países nuevos.

—Un año, nada más... Señor Bayard... ¡Veinte años, veintidós años! No siempre es esa una brillante juventud. Si me hubiera sentido culpable, habría regresado a Francia?

—Para buscar otra...

conoces a los hombres como si fuese una mujer... Señor... te ruego... veo conmigo, señor...

—Le pregunto:

—Dónde viven?

Y vivamente, señalando

me una calle, enfrente, que daba

a la avenida, como una boca

de abismo, responde:

Ahi cerca... mira, allí,

a dos pasos... quedara usted

contento, no pasa cuidado.

La mujer atravesó la calle, corriendo, para no dar mala reflexión

en el tiempo de verano,

para que nadie se diese cuenta de que la que la creó

y me dressa... le dice... «Oh,

pobre diablo!...» A cada paso

que da, vuive la cabeza,

para asegurarse de que no me

he escapado, saltando sobre las

baches enorme y redonda, como

un sapo monstruo. Una hoja

que salió de una taberna

la insulsa al pasar por el lado.

Nos internamos en la calle, ella

delante, yo detrás, hundiendo

los pies más en las sombras.

Ese aquí dice: «Mujer

ya ves que no te apetece».

Empuña la puerta entre

abierta. En el fondo de un corredor

entre otras, una pequeña lámpara de petróleo, cuya mecha

humea y vacila, arroja sobre las

paredes resplandores de crimen

sombra de muerte. Entraron.

Mis pies pisaron cosas blandas,

mis brazos rozán cosas viscosas.

Espesa un poco querido!

La escalera es muy traídora!

Há recuperado la serenidad.

Comprende que no debe humillar,

que tal vez no sea tan

fea, puesto que yo estoy allí,

su lado, que ha conquistado un

lugar, llevándose todo destrás, un

hombre que se necesita, conside-

rario con sus calidades, asciendiendo

esta la generosidad con

promesas de amor... ¡De amor!

ya soy el «señor» vacilante

a quien imploraba hace pocas

instantes; soy el «querido», la

suegra esperada, el que trae con

sig, tal vez el sol del día

siguiente, o el dinero con que

pagarse la horcharraca que hace

olvidar el hambre, la horcharraca

que olvidaría todo. ¡Todo!

Enciende una butija en la lámpara,

y, señalando el camino, me

dijo: «Vale en la escalera. La

ascensión es corta. La desgracia

de sube fatigosamente. Desea resueltos, siba y estoriles.

Con la mano libre sostiene su

vientre que la estorba, que le

pesa, del cual no sabe qué hacer,

como si fuese un paquete dema-

sado pesado.

No te impacientes, que-

rido... es en el segundo piso.

La rampa es pegajosa,

los muros supuran destilar agua,

los pedazos de madera crujen

detrás de los pies. Hay que

sojuzgar el estómago porque no

se ha dormido ni se ha

comido, para que

no dominen los intolerables

hedores que allí dejan los

hombres, hedores que virulen-

cias ha exasperado la humedad

y las deyecciones mal cerradas.

## CONCLUSIONES DE LA Federación Abolicionista Internacional

La prostitución es un oficio repugnante a la moral. Lejos de ser benéfica a la higiene pública, es un agente trasmisor de una verdadera pandemia: LA SIFILIS.

Facilita u organiza correlativamente la odiosa y repulsiva plaga del proxenetismo rufianismo o explotación sexual (trata de blancas).

Por fin, esa supresión la exige la propia significación de la personalidad humana, a quien la prostitución degradada, envilece y esclaviza.

En los pasillos, a través de las puertas, se oyen voces que rien, gritan, ruegan; voces que regatean, que amenazan, que exigen;

mira con sus ojos redondos, amarillentos, penetrantes, semejantes a los de aquellas pajarracos que velan, de noche, en los bos-

ques obscenos, voces de borchas, voces, ahogadas... ¡Oh! Aquellas voces!... La tristeza de aquellas voces!... En aquel lugar nocturno, repleto de terror, de miseria y de... placer!

A fin, hemos llegado. La llave ha rochinado en la cerradura, la puerta ha rechinado de sobre sus goznes, y hétenses en una salita estrecha, en la que no hay mas que un mal sofá desvencijado verdeo, destrozado y coyo, y una especie de cama de campaña sobre la cual se ha levantado, al oír el ruido de nros pasos, un espectro que me

dijo: «¿Quién es esta vieja? Es la que me presta la chiquilla.

—¡Su madre!

—¡Ah! ¡Sí! No se de donde ha sacado. Es desde

el espejo; no se atreve tan poco, a pondremse delante, ni siquiera a la pobre de la vacilante boja. Y el agua cho-

rre de su sombrero, que no se ha quitado, como de un tejido mojado... Hasta el candela

ro sobre la chimenea y se ha acercado a la cama, en la penumbra,

donde se dispone a desnudarse.

—No le dije, es inútil... no quiero nada...

—Le pongo en la mano dos monedillas de oro a las que ella da vueltas y mas vueltas, son

brada y aturdida, sin decir nada.

Tampoco yo sé qué decir. ¿Y

que le diría? Predicarle el arre-

pentimiento, las bellezas de la virtud? Palabras, palabras, pala-

bras... No es ella la culpable. E

ella es exactamente lo que la so-

ciedad ha querido que fuese, es

ta cochina sociedad de inescia-

ble apetito que necesita tráges,

todos los días, su ración de al

mas humanas...

—Jiba a hablarle de odio

y de rebeldía. ¡A qué! Palabras tan tontas. La M... se desmaya

de cobardía no tiene fuerza pa-

ra empinar un cachillo, ni pose

una taza encendida sobre el s-

gobla placer de los saqueos...

Vale más púes, que me calle.

Además no vine aquí a perorar.

No es la hora de las declama-

ciones vanas que nadie remedi-

an y que no hacen más que

mostrarnos el vacío de los actos

en el vacío de las frases... Vi-

ne para ver y... visto... No

tengo mas que hacer y me mar-

cho... ¡Buenas noches!

La niña continúa duran-

do en su camita, nimbada de rubio.

Las posesiones imposi-

beres han marchitado ya su bo-

quila, podrido su alicen y pu-

este manjar que violadas en sus

párpados cerrados.

En el cuarto contiguo,

la vieja anda rodando, arras-

trando sus zapatos sobre el crin-

gante pavimento. La mujer ha

escondido las dos piezas de oro

debajo de los colchones y me

dice muy quedo: La vieja va a

ponerse furiosa porque no has

dicho que la viena... Dale algo,

para que no se quite lo que

me has dado... Es una vieja

muy mala, de muy malas entra-

fias, puedes creerme... Espera

que te haga lus, señor... Es

tan traidora la escenaria...

MIRBEAU.

## DONATIVOS para el sostenimiento de las obras de la Liga U. contra la trata de Blancas

Liga Evangélica Femenina \$ 30

Sra. y Sta. de Apestegui " 2

Sra. Davies " 12

Donativo Para impresión

de la memoria " 36

II. " 78



Burdeos. He purgado dos meses. Afortunadamente, existen buenas piezas en nuestra hermosa Francia. He salido anteayer. Si le agradece, señor Bayard: no me ha cargado usted. Usted comprende y sabe lo que es la justicia. ¡Quiere un papagayo!

En marcha.

II

## LOS PASAJEROS DE BILBAO

Por qué impedir a la gente que haga lo que quiera en el barco?

Comienzo a dormir. Y estimo que estoy en mi justo derecho.

¡Duermo dos días, tres días, cuatro días, cinco días! Una vez me han dicho que dormí siete días. Deben haberme dicho la verdad.

Lo esencial, al principio, es mirar bien y prevenir al mesón del camarote.

Entra para prodigar a uno todo género de atenciones y pre-guntar por qué no se levanta.

Coge uno su almohada, apunta, y ¡pum! le dá con ella en el rostro.

No vuelve más. Puede uno dormir tranquilo.

Y se despista cuando de despierta.

Esta vez fué en España. ¡No había dormido bastante quizá?

El barco no se movía. Miré por la ventanilla.

El tiempo estaba bueno. Próxima la costa. Un marinero puso los colores del puente.

—Qué ciudad es ésta, pequeño? ¡Es La Palma!

—Sí Bilbao!

Estaba en la plaza de Bilbao y me pasaba a lo largo de la hilera de taxis desalquilados. Sin duda había otras cosas que ver en Bilbao, pero, a tales horas, no me agradaban. Una pareja se

hablaba de pasaportes.

¡Hablaban de transatlánticos!

No pasó nada más hasta el día siguiente a las tres de la tarde.

A aquella hora estaba yo sentado en el bulevar Montmartre, en la terraza no de un bar, sino de un establecimiento cardinal llamado Mazarino. No estaba solo. El jefe de la sección Morali-

que viene de la estorba, que le

pesa, del cual no sabe qué hacer,

como si fuese un paquete dema-

sado pesado.

—Le pregunto:

—Dónde viven?

Y vivamente, señalando

me una calle, enfrente, que daba

a la avenida, como una boca

de abismo, responde:

Ahi cerca... mira, allí,

a dos pasos... quedara usted

contento, no pasa cuidado.

La mujer atraviesa la calle, corriendo,

para no dar mala reflexión

en el tiempo de verano,

para que nadie se dé cuenta de que

la que la creó y me dressa... le dice... «Oh,

pobre diablo!...» A cada paso

que da, vuive la cabeza,

para asegurarse de que no me

he escapado, saltando sobre las

baches enorme y redonda, como

un sapo monstruo. Una hoja

que salió de una taberna

la insulsa al pasar por el lado.

Nos internamos en la calle, ella

delante, yo detrás, hundiendo

los pies más en las sombras.

Ese aquí dice: «Mujer

ya ves que no te apetece».

Empuja la puerta entre

abierta. En el fondo de un corredor

entre otras, una pequeña lámpara de petróleo, cuya mecha

humea y vacila, arroja sobre las

paredes resplandores de crimen

sombra de muerte. Entraron.

Mis pies pisaron cosas blandas,

mis brazos rozán cosas viscosas.

Espesa un poco querido!

La escalera es muy traídora!

Há recuperado la serenidad.

Comprende que no debe humillar,

que tal vez no sea tan

fea, puesto que yo estoy allí,

su lado, que ha conquistado un

lugar, llevándose todo destrás, un

hombre que se necesita, conside-

rario con sus calidades, asciendiendo

esta la generosidad con

promesas de amor... ¡De amor!

ya soy el «señor» vacilante

a quien imploraba hace pocas

instantes; soy el «querido», la

suegra esperada, el que trae con

sig, tal vez el sol del día

siguiente, o el dinero con que

pagarse la horcharraca que hace

olvidar el hambre, la horcharraca

que olvidaría todo. ¡Todo!

Enciende una butija en la lámpara

y, señalando el camino, me

dijo: «Vale en la escalera. La

ascensión es corta. La

descendencia es larga. La

ascensión es corta. La

descendencia es larga.

La escalera es muy traídora!

Há recuperado la serenidad.

Comprende que no debe humillar,

que tal vez no sea tan

fea, puesto que yo estoy allí,

su lado, que ha conquistado un

lugar, llevándose todo destrás, un

hombre que se necesita, conside-

rario con sus calidades, asciendiendo

esta la generosidad con

promesas de amor... ¡De amor!

ya soy el «señor» vacilante

a quien imploraba hace pocas

instantes; soy el «querido», la

suegra esperada, el que trae con

sig, tal vez el sol del día

siguiente, o el dinero con que

pagarse la horcharraca que hace

olvidar el hambre, la horcharraca

que olvidaría todo. ¡Todo!

Enciende una butija en la lámpara

y, señalando el camino, me

dijo: «Vale en la escalera. La

ascensión es corta. La

descendencia es larga.

La escalera es muy traídora!

Há recuperado la serenidad.

# Colectas de la Liga Uruguaya contra la Trata de Blancas

UNA MAQUINA DE COSER PARA LA  
SEÑORA DE GUARINO

Merced a la cooperación moral y material de la Tribuna Popular, la Liga Uruguaya contra la Trata de Blancas, pudo llevar a feliz término una colecta para comprar una máquina de coser a la Sra. Guarino quien tiene una hermosa y guapa nieta de quince años que hasta éstos días ganaba su vida con la costura que realizaba en una máquina de coser prestada por algunas horas en el día, una generosa Señora, Doña Magdalena Berget, cuyo espíritu noble y sensible no permanece indiferente ante ningún dolor, y, silenciosa y piadosamente hace de su vida un apostolado de piedad, concedora de éste doloroso problema, que ella tan bondadosamente va resolviendo día a día, propuso a nuestra institución la colecta que se ha llevado hoy a tan feliz término.

Esa joven mujer, esa nieta de quince años, ya se defiende guapa de la miseria y de la vida, y en nombre de esa bien que la Liga ha podido procurar es que, redactamos estas líneas para entregar a cada uno

de los generosos cooperadores de la honestidad con que se ha realizado la colecta y la inversión del dinero recolectado y muy especialmente para agradecer al Dr. Lapido que tan gentil y caballerosamente nos dió su apoyo moral y material lo mismo a la casa Barth cuya sentimientos de humanidad le llevó a brindarnos un descuento de un 50 %o sobre la compra, permitiéndonos adquirir un hermoso mueble.

Particularmente van nuestros plácemes a la Sra. Berget, por cuyo estímulo nuestra Institución pudo realizar una obra de bien, y cuya iniciativa desacemos sirva de estímulo a muchas otras señoras, no solo para levantar a los caídos, sino para prevenir los fracasos tal como tan inteligentemente lo ha realizado la Sra. Berget.

Van también nuestras infinitas gracias a todos los generosos donantes que revelan en este gesto su honda sensibilidad hacia el ajeno dolor.

## Lista de donaciones a favor de la Sra. Guarino

Liga Uruguaya contra la	J. B. L.	• 5.00	Nicolasa López	• 1.10
Trata de Blancas	C. V.	• 0.50	Salvador Sposito	• 1.10
Sra. Magdalena Berget	C. P. V.	• 0.50	Teresa Fonsca	• 0.05
N. M. C.	P. D.	• 1.00	Mentoli y López	• 0.50
C. M.	Maria P. de Marofa	• 1.00	Andrés Costello	• 0.50
R. C. de M.	Pochito	• 2.00	Pablo Taramoso	• 0.50
H. L.	Forcade	• 0.50	Juan Blanco	• 0.50
J. C.	Lenzi	• 0.50	Pedro Larrebi	• 0.50
R. B.	C. Iribarne	• 0.50	Liga U. contra la Trata de	
E. y C.	Carmen Di Leon	• 1.60	Blancas	• 2.75
C. P. R.	Teresita	• 1.00	Sra. Berget	• 2.50
	Bob Cadena	• 1.00	G. P.	• 2.50

Valor de la máquina de coser de la Casa Barth \$ 120.00

Descuento 50 %o \$ 60.00

Pago a la Casa Barth por una máquina de coser a nombre  
de la Sra. Guarino \$ 60.00.

## PAISES REGLAMENTARIOS

Donde la prostitución, está sometida a una vergonzosa reglamentación, manteniendo y propagando así éste desgraciado vicio y sometiéndolo a las mujeres en una repudiable esclavitud.

Uruguay, Japón, China, Argentina, Brasil, Bolivia, Colombia, Chile, Ecuador, España, Francia, Italia, Perú, Grecia y Repúblicas Centro Americanas.

## PAISES ABOLICIONISTAS

Donde la libertad individual es sagrada y ni el Estado ni las Municipalidades se inmiscuyen en los asuntos de la prostitución:

Alemania, Hungría, Checoslovaquia, Rumanía, Estonia, Inglaterra, Austria, Suiza, Rusia, Norte América, Dinamarca, Canadá, Suecia, Noruega, Luxemburgo, Finlandia, Strasburgo y Provincia Rosario de Santa Fé.

Cuando aquel gran socialista de pensamiento y acción que se llamara Don José Batlle y Ordóñez, proclamó la moralizadora e higiénica medida del "radio libre" ¡cuantos! por incomprendiendo, levantaron su voz de alarma creyendo que la prostitución, se diseminaría, tras ésta medida, como una peste mortífera por todas las ciudades.

Hoy, que quizás, en acción de esas lecciones probatorias que suele tener la vida las prostitutas se han concentrado espontáneamente en su viejo barrio, aquellos mismos ¡cuantos! vuelven a levantar su voz de protesta, sin comprender que la sociedad les devuelve lo que ellos tan ansiosamente reclamaron....

Cabe preguntarles ¿Bajo qué experiencias se abrogan el derecho de pedir?

Sp. Juan Pablo

Nuevamente enluta sus columnas nuestro Boletín.

Otro fuerte del sentimiento, del pensamiento y de la voluntad es alejado de nuestras filas de combate por la mano invencible del destino.

El Sr. Pablo fué de los primeros generosos de espíritu a quién acudimos en procura de apoyo y con una lealtad llena de hombria y humanidad, se alistó en nuestra campaña, dándonos el vigor de su optimismo, de su honradez y de su bondad.

Cuando éstos hombres se van parece que las filas quedan desiertas ¡y es uno! pero es que, no es un hombre en el concepto de persona lo que se pierde, sino es un carácter.

Vayan hasta los deudos del distinguido consocio, nuestros propios y muy hondos sentimientos de tristeza, expresión de la alta amistad y el merecimiento que en ésta casa tuvo el noble consocio.